

Charly García, diez años después

Por Rodrigo Gómez



*“Quienes han vivido más de una vida
han de morir más de una muerte” (Oscar Wilde)*

*“Yo puedo compaginar la inocencia con la piel”
(Charly García, Cinema Verité)*

Charly García, diez años después. ¿Después de quién? Después de mí en principio, de aquella vez en que decidí romper el silencio que amuraba mi boca, mi imposibilidad enorme de comunicarme, y mostré a los presentes del taller literario en el que participaba un ensayo ampulosamente titulado “Charly García o el hecho estético”. Fue alucinante comprobar cómo las miradas del entorno se forjaban una nueva imagen de mí – o eso yo sentía al menos- a partir de algo que había salido a fin de cuantas de mis manos.

Diez años... también después de él, de ese disco en vivo a cielo abierto en que Charly, con un sentido de misión digno de Prometeo, conducía su barco ebrio hacia no se sabía bien donde, incluyendo en el sobre interno de su disco las reacciones de la prensa frente a su des-concierto, como si quisiera, en un guiño surrealista, retratar a los que retratan, dejar que los cronistas pasajeros del tiempo dejen constancia de su aventura y pasen de largo, al fin y al cabo. Vista a la distancia, toda esa omnipotencia apenas dejaba ver lo que era su reverso: la subrepticia y cierta soledad.

En fin, diez años son suficientes para una perspectiva en el tiempo...

En 1994, cuando aparecía *La Hija de la Lágrima*, el disco largamente esperado luego de la reunión concluida con Serú Girán, se podía leer en la reseña de una revista de la época dedicada a la música: “un disco que escondía su falta de grandes canciones bajo el manto de una ópera rock”. Hay quienes- crítica y público- piensan eso: Charly- dicen- no tiene nada que ofrecer,

musicalmente hablando , en los últimos 15 años. No es mi parecer, pero es cierto que, exceptuando el disco mencionado - que ya anunciaba toda una nueva búsqueda estética, con brillantes momentos musicales – y *Hello-* el hermoso concierto en vivo grabado para la MTV - la música de Charly se vuelve una música crispada, con momentos de brillantez disipados en medio de obras dispares. Es como si su obra se acercara cada vez más a cumplir la profecía de Dorian Gray, - que Charly conoce tan bien- quien logra inmortalizarse pero al precio de que la obra se agriete cada día más y de que el joven Dorian acabe por envilecerse.

Con razón, se podía decir de Charly- al igual que se dijo en su momento del Dalí tardío- que su arte estaba cada vez más en su vida y cada vez menos en su obra.

Algo de eso se reflejaba en la muestra llevada a cabo el año pasado por el artista plástico Gustavo Masó, significativamente titulada *El que el mundo se olvidó*. La magnificación de los órganos sensoriales como desprendidos del resto del cuerpo; cuerpos-maquina desmembrados, retornando hacia el futuro; todas esas pinturas alucinadas, obsesivas, nos invitan a reflexionar sobre un artista cuya música se volvió, desde los últimos diez años para acá, cada vez más pleonástica, de un nivel de autoreferencialidad tan solitaria como la de Zaratustra profetizándole al águila y a la serpiente el mundo del porvenir.

En la segunda parte del libro *No digas Nada*, dedicado al músico y publicado en 2007, diez años después de la primera parte, Sergio Marchi traza con precisión las características más sobresalientes del último Charly: la utilización definitiva de la “pared de sonido” como método de grabación, explotado de una forma tal que a veces logra inhibir la belleza natural de las canciones; la tendencia a reversionar temas de otros de un modo en que sólo él sabe hacerlo, apropiándose de esas canciones y volviéndolas *suyas* de alguna manera; la insistencia por acometer varias versiones de un mismo tema propio, como si en la recurrencia de esas autocitas se produjera naturalmente una nueva manera de leer, a la luz del tiempo, las transformaciones del artista y de su mundo.

No es casual que, en su último disco hasta la fecha, *Kill Gil*, que la compañía decide no sacar oficialmente a la venta por razones que podemos imaginar, aparezca una impactante versión de *Transformación*, aquella joya que apareció en el 92` con el retorno de Serú Girán. Allí se lee:

Cada vez que trates de matar

Quizás estés matando a quien te trata bien,

Cada vez que quieras disfrazar

Todos esos disfraces abrirán tu piel.

...*Volveré a abrir tu corazón*

Aunque me desintegre en la transformación.

Cantada hoy, no tendría la misma dimensión que cantada dos años atrás, y cantada dos años atrás no se escucha igual que en el tiempo en que fue compuesta.

Es interesante el viraje tal vez involuntario que toma el libro de Sergio Marchi desde su publicación original en el 97 hasta su ampliación, diez años después. El periodista tiene la mirada resignada del médico que sabe que no puede curar a su paciente si éste no reconoce primero su enfermedad. Ya no hay redención posible y la locura parece no ser siempre el otro rostro de la lucidez. Marchi se distancia de la escena y deja que el personaje hable y despliegue su inmensa inteligencia.

Una vez le comenté por escrito que algunas anécdotas de su libro me hacían recordar a *El Perseguidor*, el maravilloso cuento de Cortázar en el que homenajea a Charly Parker, su ídolo del jazz. Me respondió que no era el primero que había notado la analogía, pero que no había pensado precisamente en ese cuento. Lo que quise decir- aunque no lo haya expresado del todo bien- es que había algo en ese cuento, en cuanto a la relación entre el biógrafo y el biografado que fatalmente volvía a acontecer con *No digas Nada*: el biógrafo se empeña en explicar al artista y el artista, como inmune a las miradas de su entorno, se limitaba a desplazarse en el tiempo, a vivir en un devenir tan intenso que desafiaba toda posibilidad de coherencia y de continuidad. Cuando todos esperaban algo de él, Charly lo echaba todo a perder; cuando ya nadie apostaba a él, Charly revivía. Charly decide ya no mirarse al espejo. En estos últimos diez años su música se vuelve gestual: el gesto es la obra.

La enorme fuerza icónica de Charly radica, en parte, en que ya son varias las generaciones que se han criado con su música: desde aquellos que lo tomaron como el cronista de los tiempos turbulentos de la historia argentina, y que cada tanto realimentan el mitomanía del genio-loco (como si se tratara de una vieja añoranza romántica) y que ven en todo lo que vino después una especie de desviación de esa *esencia*, hasta los más jóvenes que tal vez tengan una relación más desprejuiciada con su música y que se han autoconvocado para asistir a los sorprendentes recitales que nuestro flautista de Hamelin montaba al pasar, sintiéndose testigos de todo ese caudal único de luces y sombras.

El tiempo, que no aplaca los misterios sino que los ahonda, pondrá en su justo lugar el vasto legado de su música, la impronta innegable que sienta en el cancionero de la música popular de nuestro país. Es muy probable que su nueva música siga por las mismas sendas que venía

transitando en estos últimos tiempos (canciones simples desde lo armónico, efectivas, con un dominio magistral del formato pop y con esa instrumentación hipnótica que sólo él sabe crear) pero esta vez limpio, recuperando algo de la humanidad perdida. Algo de su nuevo tema, recientemente divulgado por los medios, parece justificar esa esperanza: “En el fondo no es un misterio/ deberías saber por qué/te vas, ahí nomás/ todos van hasta ahí nomás”.

Cuando pienso en él, hoy, se me vienen algunas imágenes a la cabeza: cuando Fito Paez lo invitó a un concierto suyo y a oscuras todos reconocieron de inmediato que la música que salía de sus dedos era la suya. Algo del símbolo Charly está condensado ahí. Pienso también en los internados de la clínica Dharma en la que se rehabilita diariamente, a quienes ofreció un recital íntimo y les hizo aprender la letra de su nueva canción. Algo de Charly está condensado allí: algo de su enorme capacidad de expresión, su carisma, su poder para encantar y paralizar al mundo con canciones.

Alguna vez espero tener la fuerza para poner en música los tantos versos que vengo acopiando desde hace años sobre él; (Spinetta, quien interrogado frente a la prensa lo definió como un “Alma ya” me proveyó indirectamente el título) pero temo que, como todo lo que se dice sobre él, se lo lleve el viento y sólo quede él y su música.

Es así. Hay quienes nacen para renacer.

Agosto de 2009